

SEGURIDAD POPULAR

PORTAVOZ DE LAS FUERZAS DE SEGURIDAD

AÑO II.—Número 39

Madrid, 2 de octubre de 1937

Precio: 15 céntimos.

DEL MOMENTO

DURA LEX

«Dura es la ley, pero es ley.» (Aforismo de los más antiguos en Derecho.)

Horas de prueba son estas. Horas de sacrificio y energía, de mostrar a los ojos del pueblo hasta qué punto alcanza el temple de acero de nuestra consecuencia, de nuestra lealtad, de nuestro entusiasmo. Horas son éstas de cruzar de dientes y cerrar de puños para ahogar todo sentimentalismo blando e imprudente.

Justicia, justicia austera, seca, rígida, inmovible.

Un puñado de traidores que se había infiltrado en nuestras filas ha manchado la credencial gloriosa del Cuerpo de Seguridad, esa credencial revolucionaria escrita en las trincheras con la sangre de tanto héroe, avallada por la fe del pueblo, orlada de gestas como la de Brunete, de epopeyas como aquellas que estremecieron las nevadas alturas del Guadarrama.

Pero este borrón que han dejado caer alevosamente esos insensatos, ni puede extenderse para alcanzarnos a todos ni oculta en lo más mínimo toda la grandeza, toda la brillantez gloriosa de nuestra Corporación.

El Cuerpo de Seguridad sigue siendo, seguirá siendo mientras aliente, el baluarte más firme, la más segura defensa de los derechos populares.

Por eso pide justicia contra esos que se han apartado de la senda del deber, contra aquellos que pretendían herirnos por la espalda, llamándose hermanos y compañeros nuestros; contra esa desdichada pandilla de Judas uniformados, de ideas rancias y amarillentas como sus propias conciencias.

«Dura es la ley, pero es ley», dice un aforismo de los más antiguos en Derecho. «Dura lex, sed lex.»

Sobre ellos, sobre los traidores, todo el peso de esa ley que castiga debidamente el crimen nefando de la deslealtad; sobre ellos sin contemplaciones, ahogando el

sentimiento en aras del deber, destrozando los clamores de la carne con la serenidad de la razón, retorciendo las ansias del propio egoísmo ante los sagrados derechos del bienestar común, tapando el espectro de un humanitarismo falso con la efígie robusta y humana, reciamente humana, de la verdadera justicia.

Nos lo piden a nosotros combatientes, esos hermanos de Seguridad y Asalto que llevan escrita sobre el pecho, por el plomo enemigo, la página más hermosa de lealtad y de bravura; nos lo exige

gen los que cayeron para siempre con un grito de indomable rebeldía en los labios y un sentimiento inmortal de democracia en el corazón; nos lo piden miles y miles de hombres que hacen de nuestras filas una masa compacta, invulnerable a todos los ataques, por crueles y traicioneros que sean.

«¡Dura lex!»

Ha sonado la hora de las responsabilidades. Exíjanse con austeridad y con justicia. Teniendo en cuenta que la Justicia—esa abstracción universal—se representa por una matrona digna, fuerte, de enérgicos rasgos, de mirada honda y serena, y no por una mujerzuela histérica, llorosa y compungida.

EDITORIAL

COMO REACCIONAR

Hemos reflejado infinitas veces lo grave que para nuestra causa es una mala situación en nuestra retaguardia. Natural era que lo hiciéramos, y consideramos con ello un deber cumplido; pero así como en distintas ocasiones hemos marcado lo que nosotros entendíamos como camino a seguir, hoy tiene que ser esto nuestra principal preocupación.

De todos conocidos determinados hechos que han levantado cierto escándalo en la opinión, en los componentes del Cuerpo, no. Y no podían levantarlo ni servir de

sorpesa lo que hasta la sociedad conocíamos y de forma discreta hacíamos público: que no otra cosa era y es nuestro deseo de depuración.

Queremos remarcar también, para aquellos compañeros que hayan podido sentir mermada su moral y su autoridad, que es a través de una depuración como va a salir reforzada aquella autoridad y moral. Y que nunca puede afectar a toda una colectividad los desvaríos o traiciones de parte de sus individuos. Menos cuando esta colectividad tiene una ejecutoria como la del Cuerpo de Seguridad: crédito ganado en una lucha constante, en un constante derroche generoso de esfuerzos y sangre en honor de la más honrosa y magnífica de las causas: la independencia de un pueblo, que será libre porque lo desea y lo merece.

Entonces, ¿cómo reaccionar ante esos hechos? Doblando nuestra vigilancia no solamente como misión oficial, sino también oficiosa, y desenmascarando a todos aquellos que, debido no sabemos a qué, hayan podido infiltrarse en nuestras filas. Persiguiendo sin descanso a los espías, especuladores, acaparadores y demás elementos abiertos o emboscados que pululan por nuestra retaguardia. Elevando nuestro sentido de desconfianza y acogiendo con escepticismo toda manifestación oral, que muchas veces no es más que eso: palabras. Superándonos en nuestro deber, sin límites de horas y funciones. Enviando a los Tribunales a todos los parásitos, microbios febriles que enrarecen la atmósfera, pero debidamente. Es decir, en unas condiciones, con unas pruebas concluyentes, ante las cuales cualquier habilidad para su liberación se estrelle, y se rompan los dientes los que inconscientemente o conscientemente quieran anular nuestra labor.

El panorama nos ofrece, pues, amplias perspectivas de trabajo. Ante ellas, ¡en pie el Cuerpo de Seguridad! ¡Más firmes en nuestros puestos!



¡EL DERECHO DE ASILO!!

Rio Rosa 1937



Las fuerzas de Asalto y el nuevo Estado democrático

La creación de estas fuerzas al advenimiento de la República fué debida a la necesidad de disponer de un instrumento eficaz y flexible que permitiese su empleo, sin necesidad de envolver a los ciudadanos en las redes del Código de Justicia Militar, como ocurría con las demás instituciones armadas. Con esta idea y la de obtener un órgano de previsión, más que de represión, se hizo la recluta del personal entre los elementos que se consideraron fieles al régimen; pero las fluctuaciones de la política nacional desvirtuaron un tanto aquella idea, llegando a anularla en el comienzo del bienio Lerroux-Gil Robles.

El triunfo del Frente Popular marcó una nueva etapa en la historia política de este Cuerpo. Las organizaciones políticas y sindicales, con una visión justa de su misión revolucionaria impusieron al Gobierno, en la medida de sus fuerzas, la ocupación de los puestos de mando por jefes y oficiales de probada lealtad y el desplazamiento de todos los infiltrados por los enemigos de la República y del proletariado, dando esto por resultado el resurgimiento del espíritu liberal y humanitario que informó la creación del Cuerpo, encauzado ya hacia fines concretos.

La sublevación fascista puso bien de relieve desde sus comienzos la eficacia de esta labor depuradora, y el entusiasmo con que las fuerzas de Asalto se lanzaron a la lucha en todos los frentes, hizo comprender pronto a las masas trabajadoras que en ellas tenían su más firme apoyo. La traición habría alcanzado otras proporciones si en los primeros momentos de lucha estas fuerzas hubieran tenido la más leve vacilación. En las calles de Madrid sellaron para siempre su unión con el pueblo, y hoy este pueblo, consciente de su misión, después de haber conocido su heroísmo y sus sacrificios, vuelve a depositar en ellas su confianza, encomendándoles la delicada tarea de mantener el orden público, un orden nuevo basado en el respeto de todos para todos, que nadie podrá subvertir.

Las organizaciones del Frente Antifascista han enviado a formar parte de estas fuerzas a muchos de sus mejores combatientes, prestándoles también todo su apoyo moral, seguros de que han logrado crear un instrumento de orden auténticamente del pueblo trabajador; y con esto y la fuerza material que dan sus hombres, avanzados a la lucha, perfectamente organizados, dotados y disciplinados, aquel orden es indestructible mientras exista el pueblo que lo implantó.

Y vamos precisamente a tratar de definir este orden nuevo, fijando unas normas de conducta a las cuales nos hemos de atener todos si queremos marchar con paso firme por el camino de nuestro deber, cada día más difícil de cumplir.

Algunos espíritus se llenarán de dudas en cuanto traten de discurrir sobre la forma de llevar a cabo nuestro cometido, armónicamente con nuestras ideas; pero de antemano podemos afirmar que estas dudas, en su mayoría, son puerilidades que han de quedar aclaradas en cuanto asimilemos los verdaderos conceptos de la re-

volución democrática. Y precisamos definir también el concepto de democracia, porque de él hemos de partir para llegar a las conclusiones sobre el concepto del orden. Siempre que hablemos de nuestra revolución no podemos referirnos a otra que a la revolución democrática, pues antes de pasar a etapas superiores, socialismo, comunismo o anarquismo, hemos de realizar plenamente la democracia, y este es el momento que estamos viviendo, el de esa realización.

Ahora bien: esta palabra democracia está un tanto desprestigiada por las generaciones de gobernantes que hemos padecido antes de la revolución, y nosotros tenemos que dar a esta palabra todo su sentido y hemos de prestigiarla para no caer en la insensatez de que en nombre de ella nos tiranicen nuestros enemigos. Democracia, sí; pero condicionada, como todas las cosas de la vida, a las circunstancias de lugar y tiempo. Por ejemplo: ¿Podría el nuevo Estado democrático, una vez dominada la sublevación fascista, implantar desde el día siguiente una democracia absoluta? Evidentemente que no; tendría antes que hacer desaparecer todo vestigio de reacción, aplicando a los enemigos de la democracia leyes dictatoriales hasta hacerles completamente impotentes para alzarse contra esa democracia, y sólo después de conseguido esto se les puede conceder vivir un régimen democrático. Otro concepto que debemos analizar para fundamentar el nuevo orden es el de la igualdad, que también se ha empleado mucho, sin llegar a comprenderle, y es preciso que nosotros estemos prevenidos contra los explotadores de esa mágica palabra. Lenin dijo de ella que consiste en tratar desigualmente a lo que es desigual. Nosotros, haciendo aplicación de esta definición, podemos decir que, lo mismo que la democracia, la igualdad tiene que ser para los que la quieren. Los que, por ejemplo, desean apropiarse los beneficios de la revolución, pero se niegan a luchar por ella, no pueden ser igual a los que, deseando también los beneficios, dan su vida para conseguirla; no pueden ser iguales el que trabaja para aumentar la producción y alimentar a sus compañeros de trabajo y el que se dedica tranquilamente a consumir el producto del trabajo de los demás, sin aportar esfuerzo alguno en beneficio de la sociedad. Pues bien: ¿Con qué medios cuenta el Estado democrático para imponer su voluntad a los enemigos? Con las fuerzas armadas. Llámense como se llamen. Ya sabemos que no faltará algún extremista infantil que diga que esto significa una dictadura; pero preguntémosle a ese paladín de la democracia si no le debe su existencia a unos mandatos dictatoriales de la Naturaleza; preguntémosle si sus funciones fisiológicas no se rigen por unas leyes absolutamente dictatoriales; preguntémosle también si su cultura y su educación no le fueron impuestas dictatorialmente, y si no ha sido "después" de poseer esa cultura y esa educación cuando ha tenido la libertad para gobernarse a sí mismo.

Es preciso que asimilemos bien estos conceptos para comprender nuestro deber, no sintiendo vacilaciones ante los que

afirmen que representamos a la reacción. Cuando el Poder estuvo en manos de ésta, las leyes se cumplieron inexorablemente; hoy, que las leyes emanan del pueblo, se han de cumplir con mayor rigor. No está lejos nuestro triunfo y, por tanto, el día que tendremos que enfrentarnos con la responsabilidad de administrarlo, para que no puedan convertirlo en fracaso los contrarrevolucionarios ni los ineptos y podamos decir con orgullo a los partidos u organizaciones que nos dieron su confianza cuál ha sido nuestra obra.

El nuevo orden, o lo que es lo mismo, el nuevo Estado, necesita artifices muy seguros de sí mismos y muy compenetrados con la misión educadora que han de ejercer. En estas fuerzas no puede haber nadie que desconozca la función social que tiene encomendada y que no cuente con la absoluta confianza de la clase trabajadora, representada por los órganos de dirección del país; pero esto sí, una vez cumplidas estas dos condiciones, el orden nuevo, nuestro orden, el orden de la revolución, tiene que di-

APUNTES POLICIALES

El descubrimiento de hechos y actividades de la "quinta columna" como los que recientemente se han descubierto, deben proporcionar enseñanzas a todos: al pueblo en general, para que permanezca alerta y unido como el 18 de julio; a nosotros, para que, recogiendo cuantos datos se nos muestran como característicos de la traición, multipliquemos nuestro trabajo y perfeccionemos nuestra técnica profesional al servicio del Frente Popular. Y es necesario que en nosotros se grabe esta firme voluntad, porque de manera muy elevada la burocracia que permanece respetada por nosotros es hostil a la República, y tendrá que llegar, sin duda rápidamente, el momento en que los partidos y organizaciones que nos otorgaron su confianza para cumplir una

clandestinidad. Pero si que nos duele que en nuestro propio campo se tome como cuestión de folletín la existencia de la "quinta columna", creyendo algunos que este nombre específico con que nosotros hemos calificado a todos los reaccionarios que maniobran en la retaguardia se refiere sólo a los acaparadores, chantagistas y saboteadores en general del triunfo de la República. No. Esos no son nada más que el armazón que sirve de coraza superficial a todo un fondo de proyectos viles y a una técnica tanto más perfecta cuanto más taimado es quien la dirige.

La verdadera "quinta columna" se mueve de forma secreta, es cierto, en cuanto a sus efectivos totales, pero intensa y claramente en lo que afecta a los enlaces que comunican las consignas preparadas por técnicos bien «abrigados». Nuestra acción ya se puede centrar, por tanto, en algo concreto: en el enlace. Y si a éste se le vigila y se persigue con la atención que merece, toda la tramoya ideada por estos traidores a la patria se habrá deshecho, porque el resto de los peones, marionetas fanáticas de la reacción, son conocidos por todos nosotros.

En la España leal no puede haber una gran organización secreta reaccionaria en cuanto a efectivos de hombres, porque el caso típico del «A B C Cubano» no se da en la España actual, en donde cada ciudadano conoce las ideas políticas del vecino; y si por lógica natural hay que pensar que todos o la mayoría de los reaccionarios tratarán de repetir lo de Bilbao y Santander, con iniciar una política de orden público tan inflexible como demandan las circunstancias, todos los proyectos de los «franquistas» se derrumbarán estrepitosamente.

Sería oportuno organizar dentro de los órganos policiales secciones técnicas dedicadas a informar por provincias, porque evadidos de esas mismas provincias saben ampliamente sobre la actuación criminal de muchos familiares de los que en nuestro territorio están amparados y bien protegidos.

Tenemos igualmente que rectificar la falta de vigilancia que existe en la calle respecto a muchos grupos de personas sospechosas que a horas determinadas se reúnen, y a «jóvenes» conocidos que siempre llevan prisa aun no trabajando en nada, y a mujeres a quien la misma profusión de amistades que encuentran a su paso ya es indicio para dudar de su actuación, y a toda una colección de filofascistas odiosos a quienes les denuncian sus mismas palabras, como es contestar a nuestro grito: «¡Salud!», con el de: «¡Salud y hambre!» y otras majaderías.

No es ya sólo atención y vigilancia lo que necesitamos, sino preparación técnica para superar a los señoritos de la reacción y coraje creciente para colocarnos a la altura que la guerra exige y que culminó en las gloriosas jornadas del 18 de julio.

Alejandro de FRUTOS



Grupo de compañeros vigilantes conductores de cuarta provisionales, que forman la magnífica brigada de choque del Parque de Vigilancia.

ferenciarse fundamentalmente de aquel orden caduco que sólo servía para no interrumpir las pesadas digestiones de los terratenientes y banqueros. Y el instrumento de orden, el Cuerpo de Seguridad, como un producto de la revolución, fundido en el crisol de las trincheras, salido de las entrañas del proletariado para servir a éste, tiene que ser, lo será, algo que moralmente resplandezca por encima de toda pasión o maledicencia y sea orgullo y sostén del pueblo que lo forjó.

Carlos RODRIGUEZ MEDINA
Madrid, septiembre 1937.

Donativos de "Los amigos de SEGURIDAD POPULAR"

	Pesetas
Cuarta urbana.....	25,00
Santos Diaz Gil (G. N. R.).	5,00
Un suscriptor de SEGURIDAD POPULAR	5,00
Uno de la M. V. R.....	2,00
Total.....	37,00

B U Z O N

Antonio de Blas.—Sus versos no son publicables. Otra vez será.

Emilio Molino.—Sentimos no poder publicar sus artículos, por haber sido tratado con anterioridad por el periódico.

Ayuntamiento de Madrid

Los comisarios políticos LOS EXAMENES

Han pasado días y días, meses y meses desde que con tan buen acierto se constituyera el Cuerpo de Comisarios Políticos del Ejército popular.

Ofrecía ser éste un campo tan vasto, tan dilatado y extenso, tan fructífero, que su creación era otra cosa que abono fúe— vino tan sólo a suplir una necesidad imperiosa, a la que, por la fuerza natural de los hechos, era imposible resistir.

Su labor, su trabajo callado, su heroísmo que más de las veces en la creación del esfuerzo de ánimo, hay por qué encomiarlo.

Con una mejor alabanza, con mayor elogio, con un enaltecimiento más grande que pudiéramos hacerlo nosotros; por mucha propiedad, por mucha pureza ni por elocuencia de palabras hechos concretos de su labor que vienen llevando a cabo de manera tan abnegada y heroica los comisarios políticos.

Ellos son los educadores del soldado, los que dan dirección y guían los afanes culturales del soldado. Los que desarrollan y perfeccionan sus facultades intelectuales. Los que satisfacen sus necesidades. Los que satisfacen sus esperanzas también.

Ellos ya en el orden político y social, sino también en el orden material y físico. Son asimismo los creadores de una subordinación y disciplina nuevos, no comparables a esa obediencia acatamiento ciegos que siempre existieron en nuestro Ejército, sino basada y caracterizada en la mutua comprensión, en la mutua consideración y, sobre todo, en la igual lealtad y proceder.

Son ellos los que modelan el espíritu de nuestros soldados, los que los atemperan convenientemente en todo momento. Ellos son, en fin, la fuerza motriz, el agente que con brioso empuje imprime movimiento a esta máquina tan sólida, tan fuertemente potente que es el Ejército popular.

Es indudable, obvio es señalarlo, que el nuevo Cuerpo de Seguridad es parte integrante de nuestro heroico Ejército popular. Lo aseveran con sus hechos gloriosos de soldados curados en la dura vida de campaña y fundidos en el crisol de la lucha, en el fuego de tantas y tantas batallas, esos bravos componentes de Asalto y de N. R. que tan estoicamente, tan admirablemente vienen combatiéndose, dando su vida con heroísmo insuperable, con serenidad inigualable, en defensa de la causa del pueblo: de la causa de la libertad y la justicia.

¿Por qué, pues, formando como forma el Cuerpo de Seguridad una rama que emerge cada día con potencialidad mayor, que brota más pujante cada día de ese tronco constituido por nuestro poderoso Ejército, carece de la savia que sustentaría la implantación del Comisariado?

La contestación, la respuesta queda en el vacío. No se puede dar satisfacción a la pregunta. Como tantas veces, nos quedamos sin poder desvanecer, sin poder disipar, sin poder despejar esta incógnita.

Queremos creer que el olvido en que se tiene al Cuerpo de Seguridad en relación a cuestión de tan vital importancia y trascendencia como es la constitución en él del Comisariado político, es tan sólo debido a la falta de estudio de un proyecto que recoja sus necesidades, que llevé a cabo con el mayor grado de perfección posible su acoplamiento, para hacer sentir en plazo breve, en corto espacio de tiempo, la excelencia y bondad de una obra que pronto rendiría óptimos frutos.

Al camarada Zugazagoitia nos dirigimos. A él van derechamente estas líneas, que quieren ser, que estamos seguros son, el ansia ferviente, el anhelo vehemente de parte de ese pueblo—aherrojado, esclavizado siempre por el fascismo—que él representa; de esta parte de pueblo que supone nuestra Corporación, que quiere percibir el clamor de los ideales de redención y justicia al despertarse de ese letargo en que estaba sumido al surgir, arrollador y potente, el nuevo Cuerpo de Seguridad.

¡Compañeros: Abogamos, pues, por los comisarios políticos!

ABEL
De la G. N. R.

Felicitación a la Policía popular

Los soldados y jefes del Ejército popular pertenecientes a la segunda Brigada mixta mandan su más efusiva felicitación a sus camaradas agentes de Vigilancia por los importantes y valiosos servicios prestados a la causa del pueblo, al descubrir a los traidores emboscados, que cobardemente intentan apuñalar por detrás a nuestro glorioso Ejército y a la obra constructiva del Gobierno del Frente Popular, al que estamos dispuestos a defender hasta el fin de su grandiosa empresa, por ser el auténtico representante de las aspiraciones del pueblo español.

Seguid por ese camino, camaradas agentes de Vigilancia. De esta forma cumpliréis con vuestro deber y seréis la confianza del pueblo que lucha por su independencia y su libertad.

¡Adelante, camaradas! ¡Vosotros en retaguardia y nosotros en vanguardia, exterminaremos a los traidores y al invasor extranjero! ¡Viva la abnegación de los que laboran en retaguardia! ¡Viva el Gobierno del Frente Popular! ¡Viva el Ejército del pueblo!—Los soldados y jefes de la segunda Brigada mixta.

Tal vez ya, pasados los momentos álgidos, no pueda ofrecer mucho interés este tema. Pero queremos hoy aportar un argumento más que refuerce de forma concluyente nuestro criterio.

Seguros cuando iniciamos esta campaña de que el tiempo y los hechos iban a ser nuestros mejores aliados, hoy, que ya ha transcurrido aquél y surgido éstos, queremos ponerlos en evidencia.

En el último complot descubierta no han intervenido más que agentes provisionales y milicianos de Vigilancia.

Las numerosas detenciones practicadas demuestran constancia, habilidad y un trabajo intenso.

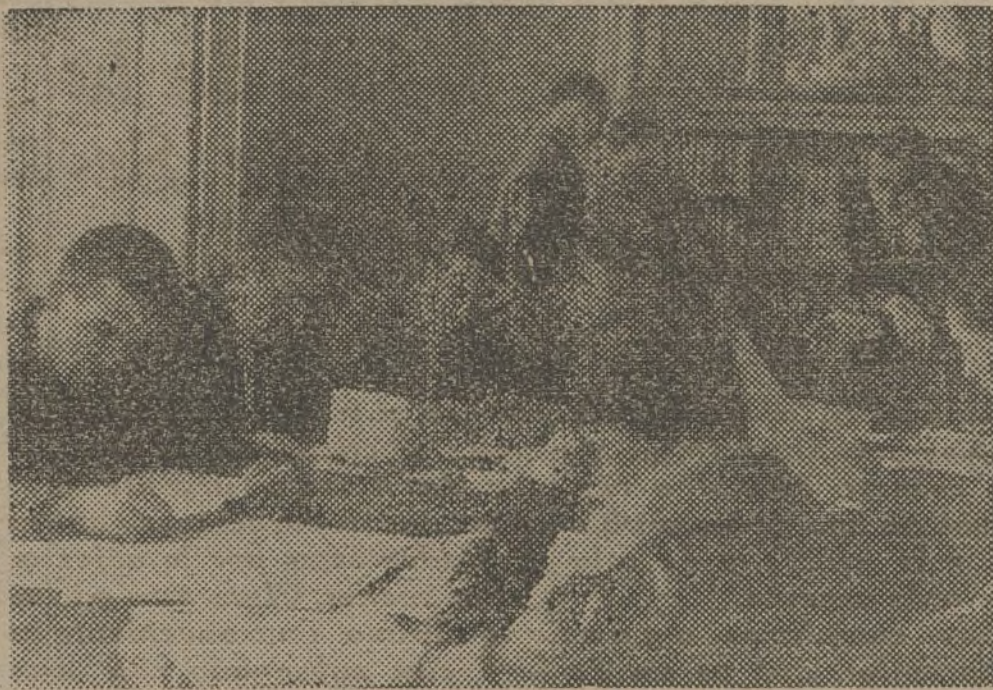
Igual que estos compañeros son la mayoría de los ingresados desde comienzos del movimiento. Entonces, si contamos con un material humano tan estimable, ¿por qué no darle toda clase de facilidades para capacitarse culturalmente, en vez de someterlos a unos exámenes en los cuales, en el mejor de los casos, nada se va a conseguir?

Redacción y Administración:
de SEGURIDAD POPULAR.
Serrano, 25. Teléfono 32653

DEPURACION

Es necesario se haga realidad lo que es ya clamor unánime en el Cuerpo de Seguridad: depurar a los emboscados. Lo mismo en la Policía que en Asalto, que en la Guardia Nacional Republicana, existen todavía innumerables sujetos que laboran abiertamente contra la República: unas veces con su silencio e indiferencia a los proyectos de los compañeros de nuevo ingreso; otras, en conversaciones irónicas y mortificantes para lo que ellos conceptúan como fuera de una cultura "integral" de ellos, cuando sabemos la poca altura intelectual que tenían todos los Cuerpos armados antes de la guerra. Las más de las veces se manifiestan hipócritamente a favor de una legalidad que estábamos bien lejos de sentir hasta el 18 de julio los que no nos prestábamos de buen grado a ser espíritus sanchopancescos revolcados solamente en la vida del animalucho del sacrificio, sin horizontes y sin ideal. Nada de neutros y de legalistas a la antigua usanza. La única legalidad posible es la que ha sido creada por la República en su lucha contra el fascio internacional, y es la de una disciplina de hierro en el trabajo y en el amor hacia nuestras libertades.

¿Qué razones existen para no haber hecho ya una depuración total? ¿De orden técnico? No puede haberla porque el mismo



No todo es combatir. Para sus ratos de descanso, nuestros compañeros encuentran en su Hogar sitio para su solaz y distracción.

FRATERNIDAD

Desde la aparición del pasado número de SEGURIDAD POPULAR, nuestro querido periódico, son numerosos los compañeros que se han dirigido a nosotros en demanda de que insistáramos sobre el tema que con este mismo título se publicó en dicho número y en el que dábamos algunas razones de las relaciones de íntima compenetración que debían existir entre el Cuerpo de Seguridad y los órganos encargados de administrar la justicia del pueblo.

En la época de los odiosos Gobiernos burgueses que, desgraciadamente, hemos venido padeciendo, la administración de justicia estaba encomendada a «varones preclaros», que al socaire de su toga y su birrete, negros como el ala del cuervo, hacían de las vidas y de la libertad de nuestros hermanos proletarios un juguete con el que se entretenían en los ratos que les dejaban libres sus juergas y lupanares.

Pero hoy, con un Gobierno formado casi íntegramente por proletarios, y que desde luego

tiene la obligación de interpretar el sentido proletario del momento en que vivimos, los órganos de la justicia están encomendados a personas que por su reconocido amor al pueblo han de administrarla con el pensamiento puesto en quienes les dió el encargo de ser su intérprete. ¿Pero es esto así evidente? Lamentamos que amargas dudas nos embarguen a este respecto.

Las diferentes evoluciones que en los quince meses de guerra por que hemos atravesado han tenido los Gobiernos que se han sucedido en el Poder, han hecho que por el Ministerio de Justicia pasaran hombres de diversas y variadas tendencias. Cada uno de ellos ha interpretado el mandato del pueblo según su peculiar manera de pensar. En todos los organismos del Estado se ha llevado a cabo, dentro de lo posible, una depuración de sus hombres al máximo extremo. En el Ministerio de Justicia esta depuración, acaso basándose en la falta de técnicos en leyes dentro de los elementos populares, ha sido mínima. Vemos hoy, sin toga ya, a hombres que en otras ocasiones juzgaron severamente a nuestros hermanos de clase; estos mismos hombres son los que tienen encomendada la misión de velar por la justicia de quienes en otras ocasiones condenaron.

¿Qué resulta de esto? Que cuando el administrador no se encuentra plenamente compenetrado con el administrado, existen portillos por los que de manera suave y sin que aparentemente se conculque la ley puedan escaparse por los agujeros de las mallas de la justicia los individuos sometidos a su acción.

Conocemos perfectamente que, en general, hombres de gran providencia juzgan y sentencian de acuerdo con el criterio de justicia del proletariado. Conocemos también que los procedimientos judiciales españoles adolecen de defectos retardatarios en la acción, y que acaso en muchas ocasiones sea ésta la razón de ciertas anómalas libertades; pero también tenemos la seguridad de que si desde el Ministerio de Justicia se vigila atentamente la labor de los encargados de interpretar la justicia popular y se les recomienda con decretos apropiados que se activen los procedimientos, el sol esplendoroso de la Justicia del Pueblo brillará con toda pureza y se conseguirá una retaguardia limpia que permita a nuestros Ejércitos desenvolverse con soltura, sin temores de traiciones, y luego, tras la victoria, sentará las bases en que se han de fijar los sistemas de sociedad que entre todos estamos creando.

Medite quien deba y proceda en consecuencia...

A. DE F.

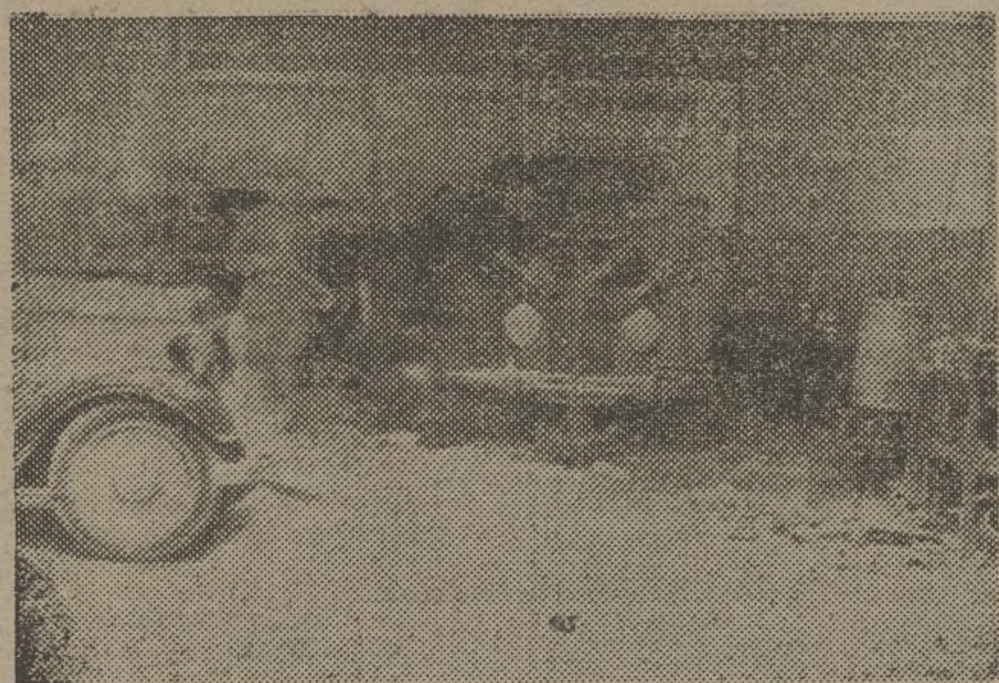
NUESTROS REPORTAJES

En el Parque Móvil de la Dirección General de Seguridad y Ministerios civiles

En nuestro número pasado nos comprometimos de una manera formal a ocuparnos de uno de los problemas más graves y de solución más urgente.

Hoy cumplimos a que el compromiso, que es un deber, y al mismo tiempo damos a conocer a nuestros lectores una gran labor, un magnífico trabajo que calladamente, en un silencio pertinaz, tan consecuente como

ble que el taller, con sus actuales efectivos, pueda atender de manera urgente a todas las reparaciones, aumentadas éstas por la vejez de los coches. Claro está que este último inconveniente está casi subsanado con el sacrificio de unos compañeros, verdaderos «stajanovistas», que en las horas fuera de servicio, y una vez cumplido éste, se dedican a arreglar los coches; gracias



su mismo trabajo, han realizado y realizan esos magníficos vigilantes conductores.

Para ello nos hemos trasladado al Parque Móvil, donde hemos recibido, a través de sus informes, datos valiosísimos que demuestran hasta la saciedad la abnegación de estos formidables antifascistas.

Pero como consideramos que al lector poco le pueden importar nuestras impresiones, y, por otra parte, nuestro noviciado como «amateurs» puede hacer poco interesante este preámbulo, pasaremos rápidamente a exponer lo que estos compañeros nos manifiestan, que es más jugoso.

—¿Qué inconvenientes encontráis para prestar vuestros servicios?—les espetamos de sopetón, sin tiempo casi para cambiar un saludo, a los responsables del Parque.

—Por un lado, la carencia de material, siendo el existente en su mayor parte viejo e inservible. Si a esto añadimos la multiplicidad de los servicios a prestar y la falta de una coordinación orgánica de los mismos, te encontrarás con un panorama próximo a la realidad.

—¿...?

—En efecto, disponemos, es decir, a medias con los compañeros de Asalto, de uno de los mejores talleres montados en Madrid para la reparación de los coches; pero debido a la falta de personal (muchos compañeros trasladados a los talleres de Valencia, otros en el frente, etc., etc.), es imposi-

los coches, salvándose la situación con lo procedente de una incautación. Señalo este hecho para ver si con ello se pone remedio a nuestros males.

Insensiblemente, mientras charlábamos, nos hemos acercado al lugar donde un grupo de compañeros—los componentes de la brigada de choque—trabajan en la reparación de automóviles.

—Este coche—nos dice uno de ellos—se incendió, quedando, como ves, en un estado lamentable; a hora nosotros tratamos de aprovechar la mayor cantidad de sus piezas. Ya hemos conseguido adaptar el diferencial y parte del motor a otro; de lo que queda, poco se puede aprovechar ya...

Ante el deseo manifestado por nosotros de hacer algunas preguntas a los compañeros ejemplares que componen esta brigada, todos nos rodean.

—¿De quién partió la idea?

—El anterior responsable del Parque, nuestro compañero Godofredo Martín, nos lo propuso, e inmediatamente aceptamos. Partió la proposición del compañero Godofredo, ante la existencia de bastantes coches a falta de reparaciones.

—¿...?

—Los componentes de esta brigada somos todos vigilantes conductores de cuarta clase, provisionales, y cumplimos con esto que nosotros consideramos como un deber después de atendido nuestro servicio.

—Llevamos arreglados, aproximadamente, doscientos coches, habiendo sido necesario para ello despiezar unos cincuenta. Para que puedan darse una idea exacta de la importancia de las reparaciones, puedes decir que de un Pontiac, un Ford y la carrocería de un Hudson, hemos compuesto un coche que lleva varios meses de servicio sin el menor contratiempo. Todo este trabajo sin salir del garaje.

Llega el compañero Castaños dispuesto a «plaquearnos», y ante la cámara forman un alegre grupo.

Al despedirnos, con la peculiar alegría madrileña, un rezagado nos grita:

—Di también que cobramos 277,30 pesetas, y que aunque no fumamos, tenemos que pagar la luz.



ENCUESTAS DE «SEGURIDAD POPULAR»

Nuestros compañeros opinan sobre...

¿Qué labor cultural creéis se puede y debe realizar dentro de cada compañía?

¿Consideráis necesario el comisario político dentro del Cuerpo, y por qué?

Siguiendo nuestra encuesta, hemos visitado hoy a nuestros combatientes; a esos heroicos muchachos del Cuerpo, que en la primera línea de defensa de Madrid contribuyen con su entusiasmo y una lealtad sin límites a formar ese invulnerable cinturón de acero contra el que se estrellan todos los golpes de las tropas invasoras.

La opinión de estos compañeros, tajante y enérgica como su actuación, es de un valor insuperable, porque trae el aliento cálido y firme de la vanguardia.

El camarada MANUEL BOL-SICO GRANADOS, de la dieciséis Compañía de Asalto, contesta así a nuestras preguntas:

—Nuestro afán de cultura es tan grande como nuestra voluntad por aprender. Estamos dispuestos a sacrificar horas de descanso y regocijo por conseguir una ilustración que sea orgullo y timbre de gloria de nuestro Cuerpo en el porvenir, como ahora en el presente lo es su lealtad y su bravura.

Cada Compañía puede y debe realizar una labor cultural de proporción suficiente para que todos sus componentes adquieran las nociones más indispensables del saber humano. Con ello sería bastante, pues una vez abierto el camino a aquellos que se encuentran en condiciones podrían adquirir más amplios conocimientos.

El Comisariado político es necesario porque nosotros somos un Ejército de vanguardia, de choque mejor dicho; una parte integrante, unas Divisiones y unas Brigadas de nuestro glorioso Ejército popular. Y si en él los comisarios han realizado una labor tan enorme, no se concibe que aún haya unidades de ese Ejército faltas del Comisariado. Si esto no fuera razón suficiente, otras muchas podría presentar. Pero, a mi juicio, esa es la más fundamental, porque es indudable que al no tener comisario el Cuerpo de Seguridad, es colocado en un plano de inferioridad que no merece, ya que bien demostrado tiene su valor en los campos de batalla.

El camarada JOSE SANCHEZ CASTELAR, de la veinticuatro Compañía de Asalto, dice:

—Nosotros queremos instruirnos, queremos adquirir unos conocimientos de los problemas sociales que nos permitan desenvolvernos holgadamente en la futura España que estamos forjando con entusiasmos y sacrificios en estas trincheras. Queremos que lleguen a nosotros las nociones de las ciencias que más importancia han de tener en el porvenir, porque así únicamente, con hombres que tengan consciencia de sí mismos, se podrá llegar a formar un Cuerpo compacto, invulnerable, que sea el más firme apoyo de un régimen humano y democrático. Cada unidad puede desarrollar esta labor estableciendo clases en las horas que lo permita el servicio. Nuestra voluntad es grande, y con voluntad se consigue todo.

Respecto a los comisarios políticos, aquí en las trincheras no nos explicamos por qué no han llegado al Cuerpo de Seguridad. Su estancia entre nosotros sería tan beneficiosa, que indudablemente infundiría el primer paso hacia la adquisición de esa cultura de que antes hablabamos. En estas horas quietas, largas de las trincheras, cuánto aprenderíamos si se dejase oír la voz serena y razonada con toda su valía!

El compañero PEDRO VICENTE, de la diecinueve de Asalto, opina:

—La reacción se valió de la incultura, de fomentar la incultura y el analfabetismo para oprimirnos a todos los hijos del pueblo. Gracias a la labor abnegada y constante de nuestros guías, pudimos alzarnos contra un estado de cosas bochornoso y cruel. Por eso hoy todos debemos adquirir siquiera los más elementales conocimientos, pues no puede haber libertad e independencia si la mente no se libra de las marañas de la incultura. En cada Compañía se pueden y deben establecer clases de Matemáticas e Historia—que siempre es bueno conocer toda la oprobiosa labor de esos reyes de baraja que gobernaron a España para odiarles más aún, si esto es posible—, de Ciencias sociales, etc. En las horas de descanso, en las horas libres, estudiar.

A la segunda pregunta tengo que decir: ¿Pero todavía no hay comisarios políticos en el Cuerpo de Seguridad? ¿No somos nosotros parte principal de un glorioso Ejército del pueblo? Yo creo tan necesarios los comisarios políticos, que no debiera retrasarse ni un momento más su incorporación al Cuerpo de Seguridad. Porque ellos han de ser nuestra guía, nuestro ejemplo vivo y constante, nuestros maestros y nuestros hermanos mayores.

Hasta aquí, por hoy; estas opiniones sinceras y contundentes de nuestros compañeros que combaten en primera línea nos afirman en nuestro propósito de continuar esta encuesta, pulsando el parecer de otros componentes del Cuerpo de Seguridad. Porque esta encuesta ha despertado gran interés entre nuestros lectores, ya que ella pudiera convertir en realidades con el peso de sus razonamientos, las dos interrogantes tan amplias, tan sugerentes que la constituyen.